



A propósito de “el trabajo”

Oscar Mauricio Naranjo Restrepo

Resumen. El presente artículo aborda el fenómeno del trabajo humano desde dos perspectivas diferentes: de un lado, la ideología racionalista del ingeniero antioqueño Alejandro López, egresado de la Escuela de Minas, quien en 1928 publica sus planteamientos en torno al tema, y por otra parte un análisis comparativo entre los economistas Engels, Menger y Marx, el cual presupone algunas afinidades teóricas y diferencias pragmáticas con relación al pensamiento administrativo de López.

Abstract: This article takes the phenomenon of the human work from two different perspectives: the rationalist ideology of the antioquian engineer Alejandro Lopez, Graduated from the School of Mines, who published his thoughts on the topic in 1928, and on the other hand, there is a comparative analyses between Engels, Menger and Marx, to identify some similarities and pragmatial differences with the administrative proposals of Alejandro Lopez.

A propósito de “el trabajo”

Oscar Mauricio Naranjo Restrepo*

Introducción

El trabajo humano -su ontología, su organización, sus implicaciones socio-económicas y existenciales- ha preocupado por igual a sociólogos, economistas, administradores, escritores, filósofos, quienes desde distintas perspectivas teóricas, entornos culturales, estilos, momentos históricos, han reflexionado en torno a las implicaciones de este fenómeno en la construcción de los distintos modelos de sociedad.

En el caso de Occidente, a partir de la revolución industrial y del Siglo de las Luces, el trabajo como problema y objeto de estudio ha cobrado una importancia fundamental en el contexto de la Modernidad y de la progresiva racionalización y diferenciación económica y administrativa del mundo social.

Desde mediados del siglo XIX las teorías sobre la Modernidad se han utilizado para referirse a los estadios del desarrollo social basados en la industrialización, el incremento de la ciencia y la tecnología, el Estado-nación moderno, el mercado capitalista mundial, la urbanización y otros aspectos relacionados con la infraestructura. Hoy, ante el nuevo paradigma de la Posmodernidad, de la globalización, del teletrabajo, de las sociedades de control, de las sociedades de la información, es fundamental revisar –alrededor del trabajo- algunos conceptos administrativos y planteamientos económicos de mediados del siglo XIX y de principios del siglo XX, cuando el proyecto de la Modernidad, precisamente, se consolida desde el punto de vista industrial.

* Profesor del Departamento de Humanidades.

Primera parte

“El trabajo”: un tratado de Alejandro López

Con un lenguaje claro, lúcido, preciso; con una inmensa capacidad de conceptualización y contextualización, tomando referentes enciclopédicos de la psicología, la economía, la sociología, la historia; con un acento moderno, vanguardista, universal, Alejandro López publica durante 1928, en Londres, su tratado sobre “El Trabajo”, una obra magistral sobre una de las actividades humanas más importantes desde el punto de vista ontogenético, y un llamado profundo a colocar al hombre como eje de la Economía Industrial, más allá de la preocupación materialista predominante en la época.

Continuador de la tradición tayloriana (la cual –según el propio López- propendía por una actitud a la vez más humana y económica respecto a los obreros, basada en principios y métodos más racionales de organización y manejo del trabajo), se propuso en sus estudios “diferenciar un obrero de otro” con el fin de considerarlo individualmente para aumentar su potencia productiva “tanto por el empleo de incentivos adecuados, como por otros medios indirectos, como son: el cuidado de su salud, de su alojamiento, sus recreaciones, o la supresión de todo motivo que pueda disminuir su potencia, como la fatiga industrial, la monotonía, etc” (López, 1928:18).

Este “pequeño volumen” –tal como lo denomina López- trata de los principios fundamentales del trabajo. En una parte introductoria, por ejemplo, diferencia los conceptos de trabajo penoso y trabajo placentero: “Describir la humanidad como afligida por el mal irremediable del trabajo es noción irreal y que no se presta a desarrollo posterior alguno. Sin embargo la realidad nos muestra que sólo algunos trabajos son penosos, aumentando la pena con la prolongación de la tarea; que hay gran número de trabajadores que gozan y aún se apasionan trabajando, que sufren cuando les falta el trabajo” (López, 1928:26).

Precisamente, en el horizonte de lograr en el trabajo (el cual “embarga” la mayor parte de nuestras vidas) un grado progresivo de satisfacción e incluso una fuente de goce y placer (como en las “actividades predilectas”), López desarrolla una serie de postulados axiológicos y racionales donde permanentemente puebla de significaciones afirmativas, intensas y vitales al hombre que labora concernidamente en función del bienestar colectivo y que se “acoge al trabajo como arena irremplazable para sus realizaciones individuales y como fuente inagotable de esperanzas” (López, 1928:26).

Pero “El Trabajo” no es un libro llanamente emocional, pues da claves para el manejo científico de las organizaciones y los entornos laborales, a la manera de Fayol,

concentrando el máximo esfuerzo en pocas horas con un resultado óptimo, a la luz de un nuevo espíritu que no concuerda con la premisa del trabajo penoso “puesto que se apoya en la satisfacción que todo hombre experimenta con las realizaciones personales”. Dicho manejo científico gira en torno a valores como la solidaridad, la responsabilidad y la utilidad (la “impresión de utilidad”) y critica la división o clasificación del trabajo en físico e intelectual: tal separación, según López, “no conduce a ninguna parte”.

Algo que llama poderosamente la atención en Alejandro López es su formación humanística, la cual se manifiesta, por ejemplo, en pasajes donde insiste en considerar “*todo el hombre que hay dentro de cada trabajador*”; no se trata aquí, entonces, del hombre-máquina, del hombre-objeto, sino de un ser dimensional dotado de sentimientos, voluntad, deseos, necesidades, expectativas, alma, que concibe el trabajo como un trueque de servicios: “El resultado o efecto funcional de todo trabajo es un servicio, quede o no incorporado en objeto material” (López, 1928:42).

La concepción del trabajo, de este autor, es optimista e, incluso, idealista, en el mejor sentido del término: “Todo trabajo en que el trabajador se *descubra* a sí propio, o del que derive la conciencia de su progreso individual o la afirmación de su personalidad, es agradable”, de modo que se atreve a profetizar una nueva forma histórica de trabajo que ha de suceder al “obrerismo”, donde el progreso atienda más al hombre que a la materia, de manera que “el trabajo se irá transformando en el sentido de confundirse con las otras dos actividades, la predilecta y la deportiva”. Utopía hermosa plena de realizaciones espirituales, en un mundo cada vez más dominado por la máquina, por la ambición, por el egoísmo. Sueño precioso como una gema resplandeciente en medio del hollín y el ruido estridente de la civilización.

Dónde estaba oculto este personaje, opacado por tanto bestseller, modas administrativas, manuales de liderazgo, conferencias de auto-ayuda, incienso de nueva era, música subliminal, xenofilia sin sentido, guías para alcanzar el cielo, epistemologías abstrusas?

Sobre la ciencia económica y las necesidades humanas

La economía no es asunto de comunidades estáticas o invariables, es un campo social de complejidades y “complicaciones” donde entra en juego “la naturaleza humana con su razón y sentimientos, su deseo de entenderlo y explicarlo todo, su aspiración a mejorar, su capacidad para prever circunstancias futuras y para hacerles frente por medio del hecho artificial”. Así, la ciencia económica preocupada por el trabajo como praxis y expresión de la ontología humana, deberá ahondar, desde la psicología, en “el estudio de los motivos del trabajo, no menos que su clasificación

en diversas categorías o los sentimientos que al trabajar se experimentan" (López, 1928:48).

Parte substancial, precisamente, de la naturaleza humana, son las necesidades que experimentan "los individuos, las razas y los tiempos". Las hay de orden natural, individual, internas o psíquicas y externas u objetivas. Y, paralelamente, los deseos: "Si las necesidades propiamente dichas o fisiológicas puede satisfacerlas el hombre casi íntegramente con la realidad sensible de la naturaleza, todas las demás apetencias o deseos que siguen desarrollándose de allí en adelante necesitan el concurso de los otros hombres, para cuidarlo, protegerlo y hacerlo progresar, necesidades cuya satisfacción hacen del hombre un ser social" (López, 1928:58).

Y entre el cúmulo de necesidades humanas, merecen especial atención aquellas de índole social que se refieren "al tributo que el hombre paga al concepto ajeno o al deseo de distinguirse", tal como lo afirma López, pues, desde el psicoanálisis, es bien sabido que el sujeto es una construcción de la alteridad, es decir, que mi identidad es una elaboración del "otro", que existo en tanto el prójimo me reconozca y me "invente" con sus imaginarios, sus percepciones, sus fantasmas.

Uno de los principales rasgos del ser humano es su temor a ser ignorado: "El deseo de contar con la consideración de sus semejantes, de ser bien juzgado, de ser aplaudido; el de evitarnos la pena de la vergüenza, del desprecio, del desdén, del olvido, el temor de que pasen inadvertidas nuestras capacidades y hasta nuestros medios de dominio sobre los demás, ocupan gran parte de la actividad económica y determinan muchas de sus acciones" (López, 1928:59).

Observemos lo siguiente: "El deseo de no ser inferior a los demás hombres da lugar, en efecto, a todos los consumos que impone la moda, propagada, por la imitación" (López, 1928:59). Este párrafo contiene algunos de los elementos fundamentales para pensar la modernidad y la posmodernidad, incluso para reflexionar sobre el papel de los medios de comunicación y publicidad en la fabricación de modelos y en la modelización de identidades mutantes. Proporciona, además, pautas teóricas vanguardistas, intempestivas, desde la dimensión psicoanalítica. En este orden de ideas, el deseo, entonces, renace periódicamente, de manera que la vida de un hombre es un ciclo de deseos satisfechos "que tienden a aparecer, hasta convertirse en hábito". "Esta regularidad en los consumos es la que alimenta la industria".

Acerca de la educación

A continuación, se destaca un aspecto de "El Trabajo" alusivo al problema de la educación, bastante vigente en nuestro país. De acuerdo con los planteamientos

filosóficos y axiológicos de López, el papel central de la educación debe consistir en “reemplazar en el hombre los objetivos inmediatos por los remotos, el placer actual por el placer anticipado de goces futuros” (López, 1928:65). Dicho de otro modo, “la privación actual es condición indispensable para la preparación de dichas futuras, y de que los placeres son tanto más fugaces y pequeños cuanto más inmediatos y de fácil obtención”. Una verdadera lección ética, en el marco de la civilización occidental y todas sus adquisiciones racionales, técnicas, lógicas, políticas, simbólicas. En un contexto cristiano, además, cobra mayor significación, pues, más que un medio ineludible de adaptación, como lo considera López, la aceptación de la pena como condición previa del placer futuro pertenece a la tradición católica que ve en el sacrificio terrenal un medio para lograr la gloria celestial.

Así pues, López concibe la educación como una instancia que ha logrado alternar el placer y el dolor, “por medio de la esperanza”, incluso en los casos en que el goce propuesto es bastante posterior a la pena: “Educación es el deseo reemplazado por el ideal, el futuro en lugar del presente, y la animalidad y sus apetencias dominadas por el cultivo de la personalidad”, tal como lo expresa sabia y bellamente. Y complementa la idea diciendo que una educación que sólo diera al hombre la perspectiva de goces y satisfacciones sería suicida. “La educación es la raíz del trabajo en el mundo civilizado”, concluye.

Sin embargo, ligando el anterior concepto al ámbito económico vemos una manifestación propia del capitalismo y de la formación ciudadana para la convivencia y la prosperidad en un elemento como el ahorro: “El ahorro es una privación; es una posposición de satisfacciones que se acepta con el objeto de acumular potencia para satisfacciones futuras” (López, 1928:67). En otro nivel, el “hombre civilizado no trabaja para su propio consumo sino para el de otros”, y así mismo no trabaja para el día de hoy sino para un mañana más o menos remoto. He ahí el sendero para la realización de todos los ideales y ambiciones, bajo un firmamento de seguridad, soberanía y fecundidad.

La noción de trabajo

Alejandro López define la acción de trabajar como aquella mediante la cual se prestan servicios a otro, “que éste utiliza para la realización de sus fines, a cambio de medios que sirvan al trabajador para realizar los suyos”. Y al trabajo como “la contribución individual a la obra colectiva de la producción”. En ambas conceptualizaciones no hay patología alguna, por el contrario subsiste una visión social limpia, transparente, basada en principios de solidaridad, equidad, respeto y mutua recompensa. Además, independientemente que el resultado inmediato del trabajo sea la produc-

ción de algo tangible o intangible, para él se trata de un intercambio de *servicios*, siempre. La esencia del ejercicio mismo del trabajo es la asociación, la cooperación, en función de transformar "algo" destinado finalmente a la colectividad.

Más que la fuerza es el tiempo empleado por parte del trabajador lo que confiere un carácter distintivo a la noción de trabajo, "pues debiendo éste repartir sus horas de vigilia entre el trabajo y el solaz, es natural que procure acortar las horas destinadas a la función económica para aumentar las que dedica al goce de la vida y de los recursos derivados del trabajo, aunque tenga para esto que concentrar fuerza física o atención en obsequio a la economía de tiempo" (P.82).

En el centro: "el goce de la vida", la satisfacción de los deseos y ambiciones, "el mantenimiento de la personalidad, así como el desarrollo y la expresión completa de ésta", a través de la "función del trabajo (la cual embarga lo mejor de nuestras vidas)". No es el trabajo un fin, sino un medio para obtener tiempo libre vital, la realización existencial, el bienestar individual y familiar, y la oportunidad de efectuar "actividades favoritas", invenciones, descubrimientos, creaciones, investigaciones, aficiones, juegos, deportes. Por ello, la "retribución es lo esencial y dominante, en cambio del trabajo; se presta un servicio en cambio de un salario y de otras retribuciones" (López, 1928:89) para pagar los servicios "que ha menester de otros, y para acumular potencia".

De acuerdo con todo lo anterior, podemos inferir que el modelo de trabajo propuesto por Alejandro López pertenece a la sociedad moderna, capitalista, racional, occidental, pero igualmente posee matices de Utopía, de la Nueva Atlántida, de la Ciudad Ideal, sin que por ello peque de ingenuo o inocente, todo lo contrario: su fuerza teórica y estilística nos introduce en un mundo más humano, en una sociedad inspirada en el equilibrio, en un re-poblamiento semántico de la noción de trabajo y de la acción de trabajar, en una nueva concepción –más ética y estética- de las relaciones laborales e interpersonales. Es, en síntesis, un llamado a la vida, al goce, a las intensidades y a las solidaridades orgánicas con base en una dimensión antropológica del trabajo.

Segunda parte

El trabajo desde la perspectiva económica: Marx, Engels, Menger

A continuación, se recapitulan otras teorías y otros teóricos que han desarrollado el concepto de trabajo, ya no desde la administración ni desde la ingeniería industrial a la manera de López, sino desde la perspectiva económica y en un contexto geográfico e histórico diferente.

Federico Engels consideró el trabajo un elemento definitivo en la ontología humana, en la construcción de una identidad filogenética, hasta el punto de afirmar que “el trabajo ha creado al propio hombre”. Según él, cuanto más se alejan los hombres de los animales, más adquiere su influencia sobre la naturaleza el carácter de una acción intencional y planeada, cuyo fin es lograr objetivos proyectados de antemano. En esta misma línea afirma Marx que un obrero antes de ejecutar su construcción la proyecta en su cerebro, es decir, tiene una finalidad consciente. Así, el hombre transforma el objeto (sobre el que recae su trabajo) en producto siempre de acuerdo con un fin, con una intención, previsiblemente, planificadamente. Y, en esta misma dirección Menger dice que los bienes son aquellas cosas que podemos emplear en la satisfacción de nuestras necesidades, “*con conocimiento causal de la conexión* entre la cualidad de bien de una cosa y la satisfacción de las necesidades humanas”. Sostiene este último que el hombre tiene la capacidad, a diferencia de los demás animales, de prever la satisfacción de sus necesidades a largo plazo: capacidad de previsión y planeación con respecto a la producción de bienes para la satisfacción de necesidades futuras y con relación a las cantidades de bienes disponibles en un momento dado.

Igualmente para Marx, el valor de un producto se determina por la cantidad de trabajo y de tiempo invertida en su elaboración o manufactura; el trabajo, de un lado, crea valor y, por otro, conserva o transfiere un valor ya creado; advierte que “Sólo el tiempo de trabajo socialmente necesario cuenta como fuente de valor. Sabemos que el valor de toda mercancía se determina por la cantidad de trabajo materializado en su valor de uso, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Este criterio rige también para el producto que va a parar a manos del capitalista, como resultado del proceso de trabajo” .

Ahora bien, en “Conferencias Sobre Budismo Zen”, de D.T. Suzuki, se establecen algunas diferencias entre la concepción del trabajo moderno por parte de occidentales y orientales: “Mecanización significa intelección y, como el intelecto es principalmente utilitario, no hay esteticismo espiritual ni espiritualidad ética en la máquina. La máquina lo apura a uno a terminar el trabajo y alcanzar el objetivo para

el que está hecha. El trabajo o labor no tiene valor por sí mismo salvo como medio. Es decir, la vida pierde aquí su carácter creador y se convierte en un instrumento, el hombre es ahora un mecanismo productor de bienes. Los filósofos hablan de la importancia de la persona; como lo vemos ahora, en nuestra edad tan industrializada y mecanizada, la máquina lo es todo y el hombre queda casi reducido a la servidumbre” (Suzuki, 1989:16). Tal situación está bellamente descrita en “Tiempos Modernos”, el film de Charles Chaplin. Y Carlos Marx anota que la manufactura “Convierte al obrero en un monstruo, fomentando artificialmente una de sus habilidades parciales, a costa de aplastar todo un mundo de fecundos estímulos y capacidades, al modo como en las estancias argentinas se sacrifica un animal entero para quitarle la pelleja o sacarle el sebo. Además de distribuir los diversos trabajos parciales entre diversos individuos, se secciona al individuo mismo, se le convierte en un aparato automático adscrito a un trabajo parcial, dando así realidad a aquella desazonadora fábula de Agrippa, en la que vemos a un hombre convertido en simple fragmento de su propio cuerpo”. Ya lo decía Smith, con respecto a la repetición minimalista de las faenas diarias por parte de los trabajadores industriales: “Va convirtiéndose en una criatura increíblemente estúpida e ignorante...Y sin embargo es éste el estado en el que tiene necesariamente que caer el trabajador pobre, es decir, la gran masa del pueblo, en toda sociedad industrial y civilizada”. En cuanto a este problema específico que involucra al hombre, al sujeto, en su relación vital –económica- con el mundo a través del trabajo maquínico, Menger no menciona absolutamente nada, por lo menos en cuanto a las *implicaciones existenciales y sociales* de la división y excesiva especialización (y automatización) del trabajo en los sistemas capitalistas. En cambio, Engels expresa: “Los hombres que en los siglos XVII y XVIII trabajaron para crear la máquina de vapor, no sospechaban que estaban creando un instrumento que habría de subvertir, más que ningún otro, las condiciones sociales en todo el mundo, y que, sobre todo en Europa, al concentrar la riqueza en manos de una minoría y al privar de toda propiedad a la inmensa mayoría de la población, habría de proporcionar primero el dominio social y político a la burguesía y provocar después la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado”.

Precisamente, con respecto a la división del trabajo (la cual se refleja ampliamente en la división de clases sociales), Marx comenta que la manufactura (el nacimiento de la fábrica como “centro de encierro”, diría Deleuze (Deleuze, 1992: 282)) consistía inicialmente en reunir en un solo taller bajo el mando del mismo capitalista a los obreros de diferentes oficios independientes para procesar el producto hasta su terminación, pero que esto poco a poco se fue convirtiendo en un sistema de división de la producción en sus diversas operaciones especiales: se pasó de la producción individual –artesanal- a una producción social o colectiva –industrial-, con escalas

jerárquicas entre obreros especializados y peones, lo cual *contribuyó a disminuir el valor de la fuerza de trabajo*.

De esta forma, en la división del trabajo, en su especialización industrial, el resultado es un producto social y no individual, es fruto de un obrero colectivo: “Con el carácter cooperativo del propio proceso de trabajo se dilata también, forzosamente, el concepto del trabajo productivo y de su agente: el obrero que produce. Ahora, para trabajar productivamente ya no es necesario tener una intervención manual directa en el trabajo; basta con ser órgano del obrero colectivo, con ejecutar una cualquiera de sus funciones desdobladas”. Y complementa diciendo que la producción capitalista, en ese momento, ya no es una producción de mercancías sino de plusvalías: el obrero no produce para sí mismo sino para el capital.

Llama fuertemente la atención el contraste de visiones entre Marx y Menger. Para el primero, insistimos, es fundamental el concepto de proceso y división del trabajo para entender el fenómeno del valor –y la valorización–; de la plusvalía –la absoluta y la relativa–; del capital –tanto el constante como el variable–, de las consecuencias del “proceso de consumo de la fuerza de trabajo por parte del capitalista”. Por el contrario, para el segundo el trabajo, en este sentido, es un ingrediente aleatorio, tangencial, sin importancia. O por lo menos así parece cuando hace afirmaciones como: “El valor que un bien tiene para un sujeto económico es igual a la significación de aquella necesidad para cuya satisfacción el individuo depende de la disposición del bien en cuestión. *La cantidad de trabajo* o de otros bienes de orden superior utilizados para la producción del bien cuyo valor analizamos *no tiene ninguna conexión directa y necesaria con la magnitud de ese valor*”. O más adelante cuando dice: “Respecto del valor mismo del producto, las cantidades de bienes empleados en conseguirlo *no tienen ninguna influencia determinante ni necesaria ni inmediata*. Es también insostenible la opinión de que las cantidades de trabajo o de otros medios de producción necesarios para la reproducción de los bienes son el factor determinante del valor de éstos”. Es bien interesante el planteamiento teórico de Menger sobre el valor como resultado de un punto de vista subjetivo, o mejor, el valor como la significación que asigna un sujeto a un bien, una mercancía, un producto, un artículo, un objeto, en determinado contexto. Pues, en la teoría semiótica esto es supremamente legítimo: el sujeto construye la significación (de una imagen, de un texto, de un objeto cualquiera de índole natural o artificial) de acuerdo con sus propias categorías de valoración y con base en una dependencia contextual. En dicha valoración o construcción de las significaciones (algo que poseía inmenso valor semántico puede tornarse “insignificante”) entran en juego múltiples factores; uno de ellos el emocional o anímico, acerca del cual anota Menger: “Los hombres cometen equivocaciones debidas al defectuoso conocimiento del factor subjetivo de la apre-

ciación del valor, cuando sólo tienen en cuenta sus estados de ánimo, pues acostumbran apreciar más los placeres pasajeros pero intensos que su bienestar permanente y a veces incluso más que a su propia vida”.

Conclusiones

En el presente artículo se han intentado, por un lado, recrear algunos conceptos sobre el trabajo, reseñando el libro del ingeniero antioqueño Alejandro López y por el otro, destacar algunos aspectos temáticos en las obras de los economistas Menger, Marx y Engels.

En el transcurso y desarrollo de la Modernidad occidental, con los procesos de racionalización e industrialización, el trabajo maquínico planteó un nuevo horizonte a la existencia humana en el plano de su realización individual y social. Quizás ahora que estamos ingresando en otra cosmovisión las perspectivas para el hombre no sean tan dramáticas desde el punto de vista del “progreso”. Habrá que esperar.

Bibliografía

- Marx, Carlos (1975). El capital: crítica de la economía. México: F.C.E.
- Merger, Karl (1982). Crítica a la economía política. México: F:C:E.
- Suzuki, D.T. (1972). Conferencias sobre budismo zen. Bilbao: Mensajero.
- Engels, Federico (1979). El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre. París: Andreus.
- López, Alejandro (1928). El trabajo. Londres: Dangerfield Printing Co.
- Deleuze, Gilles (1996). Conversaciones. Valencia: Pre-textos.